

y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificación; y así decia, cap. 23, que no le regalasen hasta que alcanzase esto de Nuestro Señor. Siempre andaba en perpétua vela, haciendo guerra á su cuerpo, y siempre hallaba en qué le mortificar y maltratar, y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle: si el sol le fatigaba caminando en estío, decia: ¡Oh cómo nos ayuda bien el amigo! y lo mismo decia del hielo, y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota, y del mal de corazón, y de los que le perseguían y murmuraban: á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo, y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecían, sino andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos, para que andando le lastimasen los piés: en el estío se iba muy de espacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo: y traía pelados los aladares de arrancarse los cabellos: cuando no podía tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne, y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores y penas á penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebía á sorbos, como si fuera una escudilla de sustancia, las píldoras amargas las mascaba

y deshacia entre los dientes, y las traía en la boca muy de espacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos, y crucificaba su carne, y así vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

CAPÍTULO XIX.

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden á que este ejercicio de mortificación, que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el apóstol san Pablo muy fatigado con una tentacion, y pedía á Dios con instancia que se la quitase: *Propter quod Dominum rogavi, ut discederet à me*, II ad Cor. XII, v. 8 et 9; y le respondió el Señor: *Sufficit tibi gratia mea*: Bástate mi gracia. Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice: *Omnia possum in eo, qui me confortat*. Ad Philip. c. IV, v. 13. En Dios todo lo puedo. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*. I ad Cor. xv, v. 10. No yo, sino la gracia de Dios conmigo. No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificación; él nos ayuda á llevar la carga, y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con

nosotros para llevarle, ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto, aunque le llama yugo, dice que es suave, y aunque le llama carga, dice que es liviana: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve*. Matth. XI, v. 30. Porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios es fácil y suave; porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el profeta Oseas, XI, v. 4: *Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum*: Yo les seré como quien levanta el yugo, y le quita de encima de sus mejillas. Y por Isaías, X, v. 17, dice: *Computrescet jugum à facie olei*. Parece la mortificación yugo y carga pesada; pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo, y se ablandará de manera que no se os asiente ni aun le sintais.

San Bernardo en el sermón primero de la Dedicacion de la Iglesia, dice: Así como cuando consagra las iglesias se usa aquella ceremonia que ungen las cruces con óleo santo; así hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos, porque con la unción espiritual de su gracia va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificación, para que se les hagan fáciles y suaves: y así muchos huyen de este

santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la unción; pero vosotros que lo habeis experimentado, dice á los religiosos: *Ecce scitis, quia vere crux nostra inuncta est*: sabeis muy bien que nuestra cruz está ungiendo, y que con esta unción no solo es fácil y ligera: *Sed ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima*; sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido, se nos hace á nosotros con la gracia de Dios muy dulce y sabroso. Y así decia san Agustín, que no había entendido el lenguaje de la castidad, ni le parecía que había hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia, con la cual podemos muy bien decir aquello de san Juan: *Et mandata ejus gravia non sunt*. I Joan. V, v. 3. No son pesados ni dificultosos los mandamientos de Dios y del Evangelio; porque la abundancia de gracia que da el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, lib. 7 Mor., c. 8, sobre aquello de Isaías, XL, v. 31: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*, pone dos maneras de fortaleza: una de los justos, para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos, para padecer grandes trabajos por el mundo, y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos: y dice que los que confían en la gracia del Señor mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y

suave este ejercicio de la mortificación es el amor de Dios. No hay cosa mas eficaz ni que mas fácil y suave haga cualquier trabajo como el amor. Dice san Agustin (1): *Qui amat, non laborat*: El que ama, no trabaja; porque el amor le hace no sentir el trabajo. *Omnis labor non amantibus, gravis est; solus amor est, qui nomen difficultatis erubescit*: No son pesados los trabajos de los que aman, sino antes ellos mismos deleitan; como á los que pescan, montean y cazan, que no les es pesado aquel trabajo, sino antes lo toman por recreacion, por el amor y aficion con que lo hacen. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la mujer curar de noche y de día sin cesar al marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta á las bestias y aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansan, y atreverse á defenderlos con tan gran coraje, sino el amor? ¿Quién hizo que le pareciesen á Jacob breves y fáciles los trabajos de siete y de catorce años al sol y á la helada por Raquel, sino el amor? *Videbantur illi pauci dies pro amoris magnitudine*. Genes. xxix, v. 20. Dice san Bernardo (2) sobre aque-

(1) August. lib. Manual. et tractat. de laudib. charit. et lib. de bono viduitatis, circa finem; et serm. 9 de verbis Domini; et serm. 48 de tempore.

(2) Bernard. serm. 43 super Cant. Canticor. II, 12.

llo de la esposa: *Fasciculus myrrhae dilectus meus mihi*: Manojito de mirra es mi amado para mí: *Propterea non fascem, sed fasciculum dilectum dicit, quod leve pro amoris ipsius ducat, quidquid laboris immineat, et doloris*: No dijo manojito de mirra es mi amado para mí, sino manojito; porque todo trabajo le parece muy pequeño y muy ligero por el amor grande que tiene á su amado; y nota bien que no dijo absolutamente manojito de mirra es mi amado, sino añade, para mí. Al que ama, hácese manojito pequeño; si á vos se os hace manojito grande y pesado, es porque no amais, falta de amor es: y así eso tomad por señal si teneis poco ó mucho amor de Dios; que no son grandes los trabajos de la virtud, sino que es pequeño nuestro amor, y por eso se nos hacen grandes. Amad vos mucho, y no solo no sentiréis trabajo, sino sabor: *Ubi autem amor est, labor non est, sed sapor*, dice san Bernardo, serm. 85 sup. Cant. Donde hay amor, no hay trabajo, sino sabor. Una Santa decía que despues que fue llamada y herida del amor de Dios no habia mas sabido qué cosa era padecer de dentro ni de fuera, ni del mundo ni del demonio, ni de la carne ni de otra cosa alguna; porque el puro amor no sabe qué cosa es pena ó tormento. De manera que el amor, fuera de que sube todas las obras de quilates, y las hace de grande perfeccion, da juntamente grande ánimo y fortaleza para aco-

meter cualquier trabajo y mortificación, y lo hace todo fácil, ligero y sabroso. Y así declara san Juan Crisóstomo, hom. 3, aquello del apóstol san Pablo, ad Rom. xiii, v. 10: *Plenitudo legis est dilectio*: que no solamente quiere decir que toda la ley y todos los mandamientos están encerrados en esa breve palabra, amor; sino que ese amor nos hace tambien muy fácil la guarda de toda la ley y todos los mandamientos de Dios.

Confírmase esto muy bien con aquello del Sábio: *Fortis est ut mors dilectio*. Cant. viii, v. 6. El amor es fuerte como la muerte. Dos explicaciones entre otras dan los Santos á estas palabras, que hacen á nuestro propósito. San Gregorio, hom. 11 super Evangel., da una, que san Agustin, epist. 29 ad Hieronym., tiene por la mejor. ¿Sabeis, dice, qué quiere decir que el amor es fuerte como la muerte? Que así como la muerte aparta el ánima del cuerpo, así el amor de Dios aparta el ánima de las cosas corporales y sensibles; y así como la muerte aparta al hombre del trato de todas las cosas del mundo, así el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, le fortalece de tal manera, que lo aparta del trato y conversacion del mundo, y de la aficion que tiene á la carne y á todas las cosas sensuales. Eso es ser el amor fuerte como la muerte; porque así como la muerte mata al cuerpo, así el amor de Dios mata y apaga en nosotros la accion de todas las

cosas corporales y sensuales, hace que muera el hombre al mundo y al amor propio, y viva á Cristo nuestro Señor solamente, y que pueda decir con san Pablo: *Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus*. Ad Galat. ii, v. 20. Vivo yo, ya no yo, Cristo es el que vive en mí.

Otra explicacion buena da san Agustin sobre aquellas palabras: *Ponite corda vestra in virtute ejus*. Psalm. xlvii, v. 14. Dice que el amor de Dios es fuerte como la muerte; porque así como á la muerte, cuando viene, no se le puede resistir con ningunas medicinas ni artificios, ni aprovecha ser obispo, ni rey, ni papa, ni emperador, todo lo atropella la muerte, nada se le pone delante; así cuando uno está prendado de veras del amor de Dios, nada se le pone delante, no le pueden apartar de él cuantas cosas hay en el mundo, ni las honras, ni las riquezas, ni las prosperidades, ni las adversidades; sino véalo cada uno por sí, por la merced que el Señor le ha hecho: con una centella de amor suyo que él os dió, no se os puso delante para dejar el camino de la perfeccion y Religion que tomásteis, ni los padres y parientes, ni cuanto habia en el mundo, sino que todo lo atropellásteis y tuvisteis en poco en comparacion de lo que teneis. Pues amemos mucho á Dios, y no se nos pondrá nada delante, antes dirémos con el Apóstol: *Quis ergo nos separabit à charitate Christi,*

tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius? Ad Rom. VIII, v. 35. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Habrá tribulacion, angustia, hambre, desnudez, peligro ó cuchillo que esto pueda? *Certus sum quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque Principatus, neque Virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro:* Cierito estoy, dice, qui ni muerte, ni vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerzas, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios.

CAPÍTULO XX.

De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificacion, que es la esperanza del galardón.

El tercero medio que nos hará fácil y suave este ejercicio de mortificacion es la grandeza del galardón que esperamos. Con esta esperanza se animaba y consolaba el santo Job en medio de sus muchas y grandes adversidades, diciendo: *Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei? Quis mihi det, ut exarentur in libro stilo ferreo, et plumbi la-*

mina, vel celte sculpantur in silice? Job, XIX, v. 23. ¿Quién me diese que se escribiesen las palabras que quiero decir, para que quedasen en perpetua memoria á los por venir? Y va añadiendo para mas perpetuidad: ¿Quién me diese que se imprimiesen en un libro, ó con un punzon ó buril de hierro se grabasen en una plancha de plomo, ó con un cincel se esculpiesen y cavasen en una losa de guijarro? ¿Para qué quereis santo Job tanta perpetuidad en vuestras palabras? Para que el consuelo que yo tengo con ellas en mis trabajos, ese tengan todos los nacidos y por nacer en los suyos. ¿Y qué palabras son esas? *Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea: et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius:* Sé por revelacion de mi Dios que mi Redentor vive (habla del Hijo de Dios y de lo futuro, como si fuese pasado ó presente, por la certidumbre grande de ello), pues él resucitó, y vive. Sé que tambien en el dia postrero del mundo tengo de resucitar de la tierra y polvos que estuviere hecho, y que otra vez me tengo de rodear de mi pellejo, y que en mi carne verá á Dios, que es el premio de los que le sirven, al cual yo mismo y mis ojos han de ver y gozar, que no otro: yo, el mismo que ahora padezco, tengo de resucitar y gozar de Dios: *Reposita*

est hæc spes mea in sinu meo: Puesta y guardada tengo esta esperanza en mi seno, y de ahí como de tesoro saco alivio y riquezas de consuelo en mis trabajos. Con esto animó Dios á Abraham, porque diciendo él: Yo, Señor, he dejado mi tierra y parentela, porque Vos me lo mandásteis, ¿qué premio me habeis de dar? le respondió: *Merceres tua magna nimis.* Genes. XV, v. 1. Tu galardón será muy grande y muy aventajado. Con esto dice san Pablo, ad Hebr. XI, v. 24, que se animó Moisés á dejar la honra y escoger el menosprecio: *Fide Moyses grandis factus, negavit se esse filium filie Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem, majores divitias æstimans thesauro Ægyptiorum improperium Christi: aspiciebat enim remunerationem:* Moisés siendo grande, creciendo en la fe y en la esperanza, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon que le habia adoptado por hijo; todo eso menospreció, y quiso mas ser abatido y perseguido por amor de Dios, que todos los tesoros y riquezas de Egipto; porque tenia ojo al galardón y premio que esperaba. Con esto se animaba tambien el profeta David á cumplir la ley y mandamientos de Dios, quando decia: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum propter retributionem.* Psalm. CXVIII, v. 112.

Dice san Agustin, epist. 143 ad Demetriadem virginem: *Dices for-*

san: Grandis labor; sed respice quod promissum est, omne opus leve fieri solet, cum ejus pretium cogitatur, et spes premii solatium est laboris: Diréis por ventura: Grande trabajos andarnos siempre mortificando y quebrantando nuestra voluntad; pero mirad al premio y galardón que os han de dar por eso, y veréis como todo es muy poco en su comparacion: la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo; y así, dice, lo vemos acá en los trabajos de los mercaderes, labradores y soldados. Pues si la braveza y fuerza de la mar y sus temerosas ondas no desmayan á los marineros y negociantes, ni las lluvias y tempestades á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, quando ponen los ojos en las esperanzas humanas de lo que por esto pretenden; quien espera el reino de los cielos, ¿cómo se espantará del trabajo y mortificacion que pide la virtud? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam,* I ad Cor. IX, v. 25, dice el apóstol san Pablo: Si ellos por un premio y galardón corruptible y de tan poca dura se ponen á tantos trabajos, ¿qué es razon que hagamos nosotros por un premio y galardón tan grande, y que ha de durar para siempre jamás? Que no es nada lo que hacemos, para lo que esperamos recibir por ello: no es nada lo que nos piden, para lo que nos dan, de balde nos lo dan. No

se puede juzgar si una cosa es cara ó barata por lo que os piden ; sino mirando juntamente la cosa que se vende. Sino pregunto yo : ¿Es mucho cien ducados por una cosa ? Como ella fuere ; tal puede ser que aun en cincuenta maravedis sea cara, y tal, que en mil ducados sea de balde : si es una muy rica piedra preciosa, ó si os dan una ciudad en mil ducados, es de balde. Así si quereis ver si es mucho ó poco lo que os pide Dios, mirad lo que comprais, mirad el premio que por ello os da : *Ego ero merces tua*. Psalm. LV, v. 8. Á Dios os dan. ¿Eso me dan ? De balde me lo dan. No me piden nada por ello en pedirme que niegue mi voluntad y me mortifique : *Pro nihilo salvos facies illos* : Por nada me lo dan. *Qui non habetis argentum properate, emite, et comedite, venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac*. Isai. LV, v. 1. Venid, corred, y daos priesa á gozar del barato.

Este medio encomienda tambien mucho san Basilio (1) : *Semper cor tuum promissa caelestia meditetur, ut ipsa te ad virtutis viam provocent* : Acordaos siempre del premio y gloria grande que os espera, para que con eso os animeis al trabajo y á la virtud. El bienaventurado san Antonio Abad con esto animaba á sus discípulos á perseverar en el continuo rigor de la Religion ; y admirado de la liberalidad

(1) Basilius, in admonitione ad filium spirituales.

grande de Dios, paraba y decia : En esta vida los tratos y contratos de los hombres son iguales de ambas partes ; porque tanto da uno como recibe, tanto vale lo que se vende, como el precio que dan por ello ; pero la promesa de la vida y gloria eterna cómprase con muy bajo precio ; porque escrito está : *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni. Si autem in potentatibus, octoginta anni, et amplius eorum labor, et dolor*. Psalm. LXXXIX, v. 10. La vida del hombre comunmente es como setenta años, ó cuando mucho gobierno y regalo tenga uno, ochenta, y lo que de ahí pasa, es dolor, trabajo y enfermedad. Pues cuando vivamos ochenta años, ó ciento y mas sirviendo á Dios, no nos darán por ellos otros tantos años de gloria, sino por esos años nos darán que reine mos para siempre en la gloria mientras Dios fuere Dios, por todos los siglos de los siglos : *In æternum, et ultra*. Exod. xv, v. 18. *Ergo, filioli, non vos aut tedium defatiget, aut vanæ gloriæ delectet ambitio ; non enim sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam, que revelabitur in nobis*. Ad Rom. VIII, v. 18. Por tanto, hijos míos, decia el Santo, no os espante ni se os ponga delante el trabajo de esta vida ; porque no tiene que ver lo que aquí podemos padecer con el galardón y premio que esperamos : *Id enim, quod in presenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternæ gloriæ pondus operatur in nobis*. II ad

Cor. IV, v. 17. Por un trabajo de un momento nos dan un peso grande de gloria que ha de durar para siempre jamás.

San Bernardo trae una comparacion muy buena á este propósito. No hay sembrador tan tonto que le parezca muy largo el tiempo en el cual siembra, aunque gaste muchos dias en sembrar ; porque sabe que cuanto mas durare el tiempo de la sementera, tanto mayor será la cosecha. Pues de la misma manera, dice, no nos ha de parecer á nosotros mucho ni muy largo el trabajo de esta vida, porque es tiempo de sementera, y mientras mas sembráremos y trabajáremos, mas abundante y copioso fruto cogere mos. Y añade el Santo (1) : *Et certe modicum seminis incrementum, non modica messis multiplicatio est* : Considerad que un poco de mas semilla que sembréis se viene despues á aumentar y multiplicar mucho. Cuando el labrador ve al agosto que de una fanega de trigo que sembró coge veinte ó treinta, quisiera haber sembrado mucho mas.

CAPÍTULO XXI.

En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado.

Cuéntase (2) de uno de aquellos

(1) Bernard. epist. 341 ad Monachos Ecclesiæ Sancti Bertini.

(2) Libro de los hechos de los santos Padres.

Padres antiguos, que trabajaba mucho y hacia grandes penitencias y mortificaciones. Decíanle sus compañeros y discípulos que cesase ya y moderase los trabajos y mortificaciones, pues eran tan grandes. Respondió él : Creedme, hijos, que si el lugar y estado que tienen los bienaventurados en el cielo fuera capaz de pena y dolor, que le tuvieran muy grande por no haber padecido en esta vida mayores trabajos y mortificaciones, viendo el grande premio y galardón que les dieran por ello, y cuánto se pudieran haber aventajado en la gloria á tan poca costa. Concuerta con esto lo que san Buenaventura, de profect. Relig. lib. 1, c. 32, dice : *Tantum enim gloriam omni hora negligimus, quanta bona interim facere possemus, si otiose eam transigimus* : Tanta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora, si la gastamos ociosamente, cuantas buenas obras pudiéramos en ella hacer.

Semejante es á esto lo que se cuenta (1) de la santa virgen Matildis, que como fuese muy á menudo visitada de Cristo nuestro Redentor su esposo, al cual se habia dedicado toda, conociendo de él cosas maravillosas, oyó una vez, entre otras, que le decían los Santos : ¡Oh qué dichosos y bienaventurados sois vosotros los que todavía vivís en la tierra, por lo mucho que podeis merecer ! Porque si

(1) Blos. et refert Tilm. Bredembach. 1. 8 collat. cap. 30.

el hombre supiese cuánto puede cada día merecer, luego al punto que se levantase se llenaría su corazón de grande gozo y contento, porque amaneció aquel día, en el cual puede vivir á Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento; y aquello le daría fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegría.

En el Prado espiritual que compuso Juan Evirato, ó segun otros san Sofronio, patriarca de Jerusalem, y fue aprobado en el segundo concilio Niceno, se cuenta que un monje tenia su celda léjos del agua como doce millas; y una vez de las que fué por agua, desfalleció en el camino muy cansado. Viéndose pues tan fatigado, dijo entre sí: ¿Qué necesidad hay de que pase tanto trabajo? Yo me quiero ir á vivir junto al agua, y hacer allí mi celda. Otra vez yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas dónde estaria bien la celda, y cómo la edificaria, y la vida que en ella habia de vivir. En esto oyó tras de sí una voz como de hombre que decia, uno, dos, tres, etc. Volvió la cabeza admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese ó contase alguna distancia, ú otra cosa, y no vió á nadie. Volvió á continuar su camino, y á pensar en su traza, y vuelve á oír la misma voz que decia, uno, dos, tres, etc. Él volvió segunda vez la cabeza, y tampoco

vió nada. Á la tercera vez acaecióle lo mismo, y volviendo la cabeza, vió un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: No te turbes, que yo soy el Ángel de Dios, y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardón; y en diciendo esto, desapareció. El monje viendo esto volvió en sí, y dijo: ¿Pues cómo tan sin juicio soy yo, que quiera perder tanto bien y tanta ganancia? Determinóse luego de mudar su celda aun mas léjos de lo que la tenia, para así tener mas trabajo y cansancio.

Cuéntase en las vidas de los Padres, p. 3, fól. 237, de un monje viejo que vivia en la Tebaida, el cual tenia un discípulo que habia probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exhortacion, y despues de haber tenido oracion, enviábale á acostar. Aconteció que un día vinieron á visitar al monje algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia; y habiéndose despedido ya tarde, púsose á hacer su exhortacion como solia, y fue tan larga, que el sueño le cargó, y se durmió el santo viejo: el buen discípulo aguardaba que despertase para que hicieran oracion, y le enviara; pero como no despertase, comenzáronle á fatigar pensamientos de impaciencia, que le instaban á que se fuese á dormir: resistió una vez: acudieron otras y otras, hasta siete veces, y á todas resistió

con grande constancia. Siendo pues ya la media noche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le habia dejado cuando comenzó la plática, díjole: ¿Por qué, hijo, no me despertaste? Respondió, que por no darle pena. Rezaron sus maitines, y acabados echóle su bendicion, y envióle á dormir; y poniéndose el viejo en oracion fue arrebatado en espíritu, y mostróle un Ángel un lugar muy hermoso y glorioso, y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Preguntóle el viejo: ¿De quién son estas coronas? Respondió: De tu discípulo; y el lugar y asiento que el Señor le ha dado, es por la vida que hace, y estas coronas anoche las mereció. Venida la mañana, preguntó el monje al discípulo, ¿qué le habia pasado la noche, cuando le guardó el sueño? Y el buen discípulo contóle todo lo que le habia pasado, y como habia resistido siete veces á los pensamientos de que no le aguardase. Por donde conoció el viejo habia ganado por aquello las siete coronas.

Del bienaventurado san Francisco se cuenta (1), que encontrándole una vez un su hermano carnal en medio del invierno, viéndole desarropado y casi desnudo, muerto y tiritando de frio, le envió á decir por burla y escarnio, que si le queria vender una gota de sudor. Respondió el Santo con mu-

(1) Part. 2, lib. 1, cap. 51 de la Crónica de san Francisco.

cha alegría: Decid á mi hermano que ya lo tengo todo vendido á mí Dios y Señor, y por muy grande precio. Otra vez, despues de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso de nuevas y molestas tentaciones del demonio, y tanto, que ya no parecia que habia fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del cielo que le dijo que se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones habia de alcanzar en el cielo un tesoro tan grande, que aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas y perlas preciosísimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenia comparacion ninguna con el premio y galardón que por ello le habian de dar: con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya no sentia los dolores; y haciendo llamar luego á sus religiosos, con grande gozo les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

CAPÍTULO XXII.

De otro medio que nos ayudará y hará fácil este ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificacion, es el ejemplo de Cristo nuestro Reden-